

predominio de la ganadería. Para los jornaleros andaluces ya asentados en la capital de la Isla, Alfonso XIII, ese “triumfo” fue el resultado de la injusta política de Rafael Beca, que favoreció a éstos en lugar de a los habitantes del entorno.

En su construcción de la memoria local, los “colonos” valencianos siguen enfatizando un “saber hacer”, un modo de vida ligado al cultivo del arroz en el que el esfuerzo, la dedicación y el sacrificio permitieron superar las dificultades. Unas características que aún hoy sirven para legitimar la posición que alcanzaron y que se proyectan no sólo hacia el pasado sino también hacia el futuro agrícola de la Isla, pese a los cambios introducidos en el nivel de la producción y en la organización social del trabajo que ha ido experimentando el cultivo arrocerero.

Las divisiones y categorías administrativas que garantizan un determinado funcionamiento en la gestión del espacio ejercen un importante papel en los procesos de identificación, especialmente cuando el territorio se convierte en clave de disputa entre, al menos, dos núcleos poblacionales que aspiran a la propiedad y autogestión de un espacio “común”, “nuestro”, como en el caso de la Isla enfrentada a su cabecera municipal, La Puebla del Río.

La legislación diferencia, mediante un recurrente argumento basado en la identidad, los derechos municipales y los de otras entidades locales de ámbito territorial inferior. Ser o no municipio supone poseer una identidad local reconocida jurídicamente - y constituir un colectivo legalmente homogéneo- así como disponer de dotación de servicios urbanos y gozar de una mayor autogestión de los recursos propios. Aunque la mayor parte de las delimitaciones socio-políticas se justifiquen por una búsqueda de eficacia y rentabilidad en la organización territorial y por la mayor “cercanía” a los ciudadanos, la misma estructuración de las entidades de población refleja unas políticas de desigualdad que hay que cuestionar. Generalmente, ciertos criterios, como la densidad de población, o la proximidad a los habitantes, se presuponen como condiciones necesarias para ordenar eficazmente el territorio. De manera que, a menor población y mayor distancia entre los núcleos, mayor la dependencia de las grandes entidades urbanas. Al invertir las relaciones entre ordenación del territorio y jerarquización social, la legislación justifica la autonomía de las localidades que ya han sido reconocidas como “pueblo”, y silencia las deficiencias que sufren los que aún no lo son al igual que las demandas y reivindicaciones colectivas para serlo.

Según la Ley de Demarcación Municipal de la Junta de Andalucía, ser pueblo se enmarca dentro del marco de política global del Estado, que representa el común denominador normativo (Ley 7/1985, de 2 de abril). Del mismo modo, la Carta Europea de Administración Local de Estrasburgo, de 1985, está consagrada al principio de autonomía local por la que se reconoce: “el derecho y la capacidad efectiva de las Entidades Locales, de ordenar y gestionar una parte importante de los asuntos públicos, en el marco de la Ley, bajo su propia responsabilidad y en beneficio de sus habitantes...”

Pero, pese a la defensa a ultranza de las voluntades de los ciudadanos, de las localidades en las que habitan, el ámbito legislativo ignora las demandas y la especificidad de ciertos colectivos sociales que, muchas veces, son definidos y tienen existencia a través de las reglamentaciones jurídicas.

# Información

## Pues valdrá como ejércitos el miedo

Entrevista efectuada por **Juán F. Ojeda y Águeda A. Villa**

Este endecasílabo de Quevedo -Pues valdrá como ejércitos el miedo- ha sido elegido por Juan Villa como significativo título de su novela, que se encuentra en proceso de publicación y una de cuyas páginas hemos utilizado en nuestro previo artículo sobre los Paisajes coloniales del Bajo Guadalquivir (ver p. 43-51), ya que su referente es El Abalarío, espacio arenoso tradicionalmente baldío y convertido en eucaliptal por el Patrimonio Forestal del Estado, tras la Guerra Civil.

Juan Villa es profesor de literatura, ejerce la crítica literaria, colabora asiduamente en la prensa y ha publicado, hasta ahora, algunos relatos cortos, pero por fin -y para regocijo de quienes compartimos con él inquietudes- se ha embarcado en una larga investigación cuyo fruto es la novela que presentamos y a cuyo texto original mecanografiado hemos tenido privilegiado acceso. Son precisamente la propia potencia del texto como nuestra cercanía a Juan y, también, nuestros intentos de recuperar la Geografía como disciplina fronteriza y de síntesis que nos permita acercarnos al paisaje desde una convergencia de miradas y percepciones diversas los factores que nos empujan a proponerle que nos presente él mismo su novela, utilizando la entrevista como soporte textual.

### Cien años de soledad, Ágata ojo de gato... ¿Puede enmarcarse tu novela en la línea épica o mítica de un territorio?

Sí y no. Sí, porque mi novela busca la recuperación de un territorio como las que habéis citado y muchas otras. No, porque la clave mítica de García Márquez o Caballero Bonald se pierde aquí o, mejor dicho, se transforma en una visión que podríamos llamar paródica, ya que los hechos que se narran no tienen salvación posible, son una tragicomedia muy de la España de la época, una historia y unos paisajes que carecen de la grandeza que parece pedir una creación épica o mitificadora. Si os parece, voy a utilizar párrafos del texto para ir ilustrando las respuestas desde la propia novela:

... A lo largo de varios miles de años el poblamiento de la zona ha sido discontinuo, débil y disperso. Fue siempre una suerte de más allá, lo que quedaba después de las columnas de Hércules, el remate cenagoso de lo conocido por donde la Tierra se reblandece igual que un espárrago por su extremo tierno anunciando su consumación: el fin del mundo. Una geografía sin Historia si por Historia entendemos los acontecimientos con referencia escrita. Un espacio por el que pasaron de puntillas las diferentes civilizaciones que lo usaron como lenitivo, respiradero libertino en el que sus elementos más oscuros y audaces pudieran deambular sin trabas ni tapujos: contrabandistas, marengos indolentes, rifeños fugitivos, jabegotes, aventureros y gaudería de toda laya la recorrieron sin dejar huella ni memoria, como la blanca sábana de una cama aparece inmaculada mientras millo-

## Información

Pues valdrá como  
ejércitos el miedo

Entrevista efectuada por  
Juan F. Ojeda y  
Águeda A. Villa

nes de ácaros bullen febriles entre sus fibras sin que el ojo humano los perciba, la historia oficial apenas se molestó en registrar nada de esta supuesta última zona no hollada de Europa.

Y hasta allí había llegado el conspicuo Ingeniero de Montes. Mirando al tendido. Las piernas abiertas y bien asentados los pies, los brazos hacia abajo, rectos y paralelos, las manos asiendo con fuerza la fusta cruzada a la altura de la pelvis, la imaginación al viento, coronando la altanera duna de El Asperillo al pie de un enebro, unos pasos adelante del achaparrado Bernabé, la jaquita y los regalgos, como un grupo escultórico que conmemorara las gestas asiáticas de Richard Burton o las africanas de Lawrence de Arabia: el indómito explorador, el indígena, el corcel y los lebreles...

**Hoy está tomando fuerza la idea de la recuperación de la memoria histórica española, referida fundamentalmente a la guerra civil y la posguerra ¿Tiene tu novela algo que ver con este asunto?**

Efectivamente la novela recupera un episodio olvidado y enterrado hasta por quienes lo vivieron, y este olvido ha sido una de las razones que me movieron a escribirla. La novela no busca plantear la simple denuncia de unos sucesos duros en los que, pienso, perdieron todos; no quiere ser una historia de héroes y villanos, sino más bien la memoria de unos tiempos malos en los que individuos de condiciones muy diversas y complejas echan fuera sus grandezas y sus perversiones, acuciados por unas situaciones que los sobrepasan. Valga el párrafo siguiente para ilustrar lo que digo:

Comenzaron a aterrizar por el lugar personajes variopintos que huían del hambre, la desesperación y la cárcel o el pelotón de fusilamiento en algún caso. No había infraestructura para alojarlos. Desde aquel punto a los lugares habitados más cercanos distaban leguas, era por lo tanto imposible utilizarlos como base de operaciones y cobijo de los braceros que eran necesarios a cientos. Cuánta gente pasó por allí en los primeros años, quiénes eran, de dónde venían y a dónde iban y cómo sobrevivió, el que pudo, son preguntas de difícil respuesta, de esos asuntillos ocultos en la nebulosa de lo vergonzante de los que, pasado un tiempo, nadie parece tener memoria: la posteridad ha olvidado sus nombres, peor aún que los presos que construyeron el cercano canal del Bajo Guadalquivir, al menos de ellos existen listas y estadísticas. Por los fantásticos trabajos que en el lustro que se cerró en el cuarenta y cinco se llevaron a cabo, debieron de ser muchos hombres, mujeres y niños los que dejaron el pellejo en lugar tan inhumano que lo más civilizado que hasta entonces había admitido, aparte las fieras, eran carabineros -disueltos unos meses antes por Franco en castigo a su izquierdismo- y cabras, ni siquiera las ovejas y las vacas resistían tan al sur.

**En nuestro artículo de este mismo número de PH (p. 43-51), sostenemos que precisamente la decadencia, el abandono y la desolación de este paisaje –que no llegó a constituirse en verdadero patrimonio de sus coyunturales habitantes- han sido los motores de su patrimonialización cultural a través de algunas miradas creativas como la de Adolfo Piche o la tuya ¿Qué opinas de esta hipótesis?**

De hecho en este territorio, ahora desolado, sí ocurrió algo que, aunque fugaz, fue intenso, y a los que de una u otra forma lo hemos percibido nos ha impelido a intentar su recuperación en la medida de nuestras posibilidades: la pintura y el encuentro con uno de sus elementos identitarios como es el eucalipto para Adolfo Piche -australiano de adopción-, la investigación en vuestro caso y la narrativa en el mío -habitantes del mundo al que pertenece el espacio narrado-. Me gustaría rematar esta entrevista con el cierre de la novela, que vendría a explicar tales posturas de recuperación creativa de aquello:

Revuelto con toda esta faramalla habría de llegar a nuestro suelo el espíritu ecologista. Aunque a pesar de ello pasará aún mucho tiempo para certificar la muerte del Patrimonio Forestal, eso sí, en su cama, a la usanza de la época. Entrando los setenta y en un giro muy políticamente correcto “avant-la-lettre” se consumó la quiebra; el fuerte y alcanforado término “Patrimonio” fue sustituido por “Instituto”, al que se añadió la coetilla de tiernos aires nórdicos “para la conservación de la Naturaleza”, ICONA. Toda una declaración de principios.

En el marco de esta nueva corriente de pensamiento se llega a la conclusión de que todo lo hecho a lo largo de cuarenta años en el Sureste de Huelva es una estafa, una auténtica atrocidad; que el eucalipto es una plaga y que hay que arrasar con todo, volver a los orígenes y dejar a la madre Naturaleza libre de seguir su curso normal.

Comienza entonces un lento pero inexorable éxodo migratorio. Casi todos se marcharon, y a los pocos que se quedaron a vivir, aunque no por mucho tiempo, los cambiaron de insignias y de chaqueta y los hicieron finalmente funcionarios. Las construcciones y trabajos de todo tipo que habían vuelto del revés el territorio y que tantos empeños y sudores habían costado, naufragaron en un mar de arenas y desconcierto hasta quedar en unas ruinitas enclenques y sin prestigio, relegadas oficialmente al olvido, como se relega el nombrar en la familia la enfermedad indecorosa de uno de sus miembros. Y retornó y se afincó de nuevo en aquella tierra insumisa la espantosa soledad que se prolonga desde el Tinto hasta el Betis, dispuesta quizá a presentar batalla a sus nuevos redentores.

El Rocío y Sevilla, diciembre de 2004